

JULIO BURELL, EL OTRO MINISTRO DE «LUCES DE BOHEMIA»

por María José CONDE GUERRI

«Van a matarme. ¿Qué dirá mañana esa Prensa canalla?» - «Lo que les manden»¹, responde Max Estrella a El Preso en los calabozos del Ministerio de Gobernación. Arriba le está esperando un viejo amigo, ahora Ministro; el hombre que, según cierto sector de la actual crítica², supone la contrafigura de Julio Burell, periodista y orador en el Congreso español durante el reinado de Alfonso XIII.

Bastaría ser citado en *Luces de Bohemia* para que la hipotética presencia de este personaje fuera objeto de atención. Sin embargo, no ocurre así. Junto a Ernesto Bark, Rafael Delorme o Ciro Bayo, Burell se pierde en las tinieblas finiseculares, quizá por un motivo también valleinclanescos. El nunca se retrata ante el espejo decimonónico, escribe, pero no entra en la literaturización de su persona —caso de Alejandro Sawa—, tampoco en el ámbito de la novela —Luis Bonafoux— o del ensayo justificativo, como Bark. Ocupa, además, cargos políticos en la comprometida España de principio de siglo, lo que le convierte en actor y testigo, argos siempre presente en la actividad social de sus compañeros. Este dato de su presencia física en aparente contradicción con la ausencia del literato al uso de fin de siglo se patentiza en las páginas de aquellos contemporáneos que han llegado a redactar libros de Memorias³. Por otra parte, su actividad artística

(1) Ramón del VALLE INCLAN, *Luces de Bohemia*, escena sexta.

(2) Alonso ZAMORA VICENTE, *La realidad esperpéntica*, Madrid, Gredos, 1974, p. 35, y Dru DOUGHERTY, *Un Valle Inclán olvidado. Entrevistas y conferencias*, Madrid, Espiral, 1982, p. 87.

(3) Luis RUIZ CONTRERAS, *Memorias de un desmemoriado*, Madrid, A. Marzo, 1902; Ricardo FUENTE, *De un periodista*, Madrid, Romero, 1897; Louis BONAFoux, «De mi vida y milagros», *Los Contemporáneos*, I, n.º 26 (25 de junio 1909); Joaquín DICENTA, «Páginas autobiográficas», *Los Contemporáneos*, I, n.º 37 (10 septiembre 1909); Enrique GOMEZ CARRILLO, *Cómo se pasa la vida*, París, Garnier, 1907; Andrés GONZALEZ BLANCO, «Movimiento literario», *Nuestro tiempo*, XI, n.º 152 (agosto 1911), pp. 190-192; El Caballero Audaz, *Lo que sé por mí*, Madrid, 1915; José FRANCOS RODRÍGUEZ, *Contar vejezas*, Madrid, C. Iberoamericano, 1928; Ricardo BAROJA, *Gente del 98*, Madrid, Juventud, 1952; Ramón GOMEZ DE LA SERNA, *Automoribundia*, Buenos Aires, E. Sudamericana, 1948; Eduardo ZAMACOIS, *Un hombre que se va*, Buenos Aires, Rueda, 1969; Alberto INSUA, en

se desarrolla sólo mediante el artículo de prensa y la tarea oratoria, con la dificultad y pérdida del material disponible que esto supone. Prueba de ello es que los únicos documentos de su labor de los que hoy disponemos en forma codificada⁴ —aparte, como es lógico, de los discursos recogidos en el Diario de Sesiones del Congreso y del rastreo exhaustivo de sus escritos en múltiples periódicos, tarea ajena a nuestros intereses— son una compilación de varios de sus artículos, cincuenta en total, publicada en 1925 como homenaje de la Asociación de la Prensa de Madrid⁵, donde no aparecen la fecha y el lugar en el que fueron publicados, y tres discursos de sus actuaciones en el Congreso: En 1884, «Con motivo de las alusiones dirigidas al Partido Democrático», «Para garantizar la neutralidad de España» y correspondiente a 1916, «Contestando a la interpelación del Arzobispo de Tarragona con motivo de la supresión de los profesores de Religión y Moral en las Escuelas Normales».

Los primeros informes sobre su vida sitúan el nacimiento en Iznájar (Córdoba), en 1859 —siete años más viejo que Valle-Inclán, tres menor que Sawa— para morir en 1919 con cuatro jalones importantes en la vida política: Gobernador Civil de Toledo (1901), Ministro de Instrucción Pública, en 1910, bajo el mando de Canalejas, ocupando la misma cartera en 1915, con el gabinete de Romanones, y, finalmente, Ministro de Gobernación, en 1917, con García Prieto. Para entonces, los cargos de director de importantes diarios, las relaciones con Valle-Inclán, Azorín, Baroja y Sawa, un romántico duelo a pistola con Alejandro Lerroux y, sobre todo, su artículo «Cristo en Fornos», lo han convertido en amigo de los hombres del llamado 98. Cabe inquirir en qué medida y de qué modo responde Burell a la crisis finisecular y si él es el otro Ministro —«Las letras son colorín, pingajo y hombre»⁶— de la Bohemia.

Burell entra en el periodismo participando en el diario *El Progreso*⁷, dirigido por Andrés Solís, donde triunfa el aliento republicano de Ruiz Zorrilla. Es el año 1884, y unos meses después intervendrá con Augusto Suárez Figueroa en *El Resumen*⁸, el órgano difusorio del Partido Reformista, de un liberalismo avanzado. En 1891 escribe en *Heraldo de Madrid*⁹ una

Memorias, Madrid, Tesoro, 1952, vol. I, especifica: «No le conocí. Fue autor de cierta página literaria, "Cristo en Fornos", que se hizo tan célebre como "El rasgo" de Castelar», p. 107. Tampoco se habla de Burell en Melchor FERNANDEZ ALMAGRO, *En torno al 98*, Madrid, 1948; Ricardo BAROJA, *Gente del 98*, Madrid, Juventud, 1952, y en Luis SANCHEZ GRANJEL, *Maestros y amigos del 98*, Salamanca, Universidad, 1981.

(4) Pueden verse depositados en la Biblioteca Nacional de Madrid.

(5) Este volumen lleva un prólogo a cargo de José Francos Rodríguez.

(6) Max Extrella dirigiéndose a El Ministro, escena octava.

(7) La nómina de escritores que lo componían se caracterizaban por «un intelectualismo antimonárquico: Grijalbo, García Espinosa, Clarín, Zahonero...». (Vid. Pedro GOMEZ APARICIO, *Historia del periodismo español*, Madrid, Ed. Nacional, 1971, pp. 435-438).

(8) El alma inspiradora era López Domínguez con colaboradores como Augusto Suárez Figueroa, Luque y Comenge (*Ibidem*, pp. 427-428).

(9) Fundado por Felipe Ducázcal en 1890. La tónica política era la de un liberalismo templado, aunque más acusadamente partidario de Sagasta que de Cánovas. Entre sus colaboradores, Tesifonte Gallego, Canals, Mataix y Caamaño (*Ibidem*, pp. 521-524).

serie de artículos, entre los que figura, en 1894, su famoso «Cristo en Fornos»¹⁰. Famoso porque señala la definitiva aceptación de Burell no sólo en los círculos periodísticos, sino en los cenáculos de progresismo político en un momento en el que «la prensa diaria está invadida por el noticierismo: mercaderes ambulantes, como Ortega Munilla, Taboada, Picón»¹¹. Su llegada es acogida con simpatía por la izquierda más marginal, una «santa bohemia» que se apresura a recibirlo tal vez con demasiado énfasis si se considera que es Canalejas quien controla, a lo lejos, la redacción de *El Heraldo*¹². A juicio de Luis París, en 1887: «A esta decadencia se debe que el periodismo no constituya entre nosotros verdadera y definitiva disposición jerárquica entre la aristocracia de talento, excepto muy esclarecidas excepciones, entre las que figuran Burell y Ginard de la Rosa»¹³. El furibundo Martínez Ruiz no vacila en incluirlo en 1895 en su colección de anarquistas literarios, oponiéndole a Sagasta: «¿Por qué aquí Sagasta y demás muñecos de la política? Aquí todos somos ilustres, eminentes. Sin embargo, no toda la prensa obra con la misma ligereza. Hay periodistas inteligentes y sensatos: Burell, el elegante y Tarasconés prosista»¹⁴. En 1901, Alejandro Sawa dirá de él: «Ese, a pesar de su edad moza todavía, es el gran Condestable de la Prensa Española. Julio Burell es, en nuestro lóbreo episodio de ahora, el gran festejador, el gran anfitrión de gestos y vocablos»¹⁵. Parecido entusiasmo es el que experimenta Prudencio Iglesias al repasar, en 1918, una colección de periódicos viejos: «La sorpresa me clava en el suelo. ¿Es posible que este hombre sea ministro? Un ministro es un ser gris y este Julio Burell es un escritor estupendo, el primer periodista de esta época, el último Condestable de las letras»¹⁶.

Pero Julio Burell casi nunca llegó a participar en los periódicos y revistas vinculados al socialismo activo o al anarquismo. Si repasamos la nómina de escritores incluidos en *La democracia social*, *El Socialista*, *El Radical*, *El Liberal*, *El Motín*, *La Piqueta*, *Germinal* o *El País*, esta firma queda ausente¹⁷. Es más, cuando en 1898 colabore en *La Campaña*, dirigida

(10) Apareció en el «Suplemento literario» del mes de febrero de 1884 y fue posteriormente reproducido en *Don Quijote*, 25 de septiembre de 1885, y en *Germinal*, 2 de junio de 1897.

(11) Luis PARÍS, *Gene Nueva*, Madrid, Imprenta Popular, 1887, p. 91.

(12) *Vid.* nota 10, y las palabras de Alejandro Lerroux: «Felino también el señor Canalejas. ¿Qué nos importa la erección en mitad de la plaza pública de ese gran portavoz que hubiera podido ser *El Heraldo*, si desde él no nos cuenta nada Canalejas de las cosas nobles que él se jacta de saber?». (*Mis Memorias*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1963, p. 220).

(13) *Vid.* Luis PARÍS, *op. cit.*, p. 94. Ginard de la Rosa era, a la sazón, director de *El País*.

(14) *Anarquistas literarios*, Madrid, Aguilar, 1947, vol. I, pp. 178-179.

(15) *Iluminaciones en la sombra*, Madrid, Renacimiento, 1910, pp. 133-134.

(16) *Gene extraña*, Madrid, Alburquerque, 1918, p. 182.

(17) *Vid.* Rafael PEREZ DE LA DEHESA, *El grupo Germinal: Una clave del 98*, Madrid, Cuadernos de Taurus, 1970; Domingo PANIAGUA, *Revistas culturales contemporáneas I. De Germinal a Prometeo*, Madrid, Punta Europa, 1964; Carlos BLANCO AGUINAGA, *Juventud del 98*, Madrid, Crítica, 1971; Patricia, O'RIORDAN, «Helios, Revista del Modernismo», *Abaco*, n.º 4 (1970), pp. 57-150. Por lo expuesto en los documentos consultados creemos que su participación se reduce a reimprimir «Cristo en Fornos». Incluso el único artículo destinado a *Alma española*, «Ante el orador», n.º 17 (6 de marzo 1904) es una censura

por Bonafoux, Isidoro López Lapuyade, uno de los antiguos miembros del grupo Germinal, observa inmediatamente que las grandes plumas recién incorporadas y anunciadas años atrás como detonantes literarios de la revolución social —Cavia, Burell—, ignoran o no quieren saber la dirección exacta de sus diatribas: «Y ahora cuando la incorporación de Benavente, Cavia, Burell, ¿qué hemos visto?, pues hemos visto que esos brillantes hombres de letras, los pocos que han luchado, son absolutamente legos en materias de socialismo»¹⁸.

Lo mismo ocurre en los reductos literarios decimonónicos. «Raros», «Extraños», «Santos Bohemios», «Modernistas»¹⁹, son adjetivos que en España casan con Palomero, Carrere, Zamacois o Villaespesa, mas en absoluto con Burell, «un tipo extraordinariamente simpático, de mano delicada y aristocrática», según Lerroux, que una mañana se bate en duelo con el republicano por defender éste el honor de su director, Ginard de la Rosa, y de paso aumentar la tirada de *El País*, periódico de «prestigio macilento», iniciando una amistad que duró toda la vida, con una salvedad: «menos cuando era ministro, que sólo le visité una vez en el Ministerio de Instrucción Pública»²⁰.

Ya instalado en la fama literaria, Burell iniciará la conquista del poder político. Funda el *Nuevo Heraldo*, el 19 de enero de 1893, con una corta vida, hasta el 14 de julio de mismo año, tras 164 números. La redacción agrupaba una serie de firmas de las más variadas tendencias: el conservador Canals, el republicano Rafael Altamira, «Claudio Frollo», «Fray Cándil»...²¹, aunque él se muestra decidido en un principio a apoyar a Sagasta y al gobierno liberal. No persevera demasiado en esta actitud, pues su derrota como diputado para el distrito de Pontevedra en 1893 le hace atacar duramente al Partido Fusionista y al propio Sagasta. «Danza macabra»²² es el artículo que Burell envía a su reina justo a punto de iniciar nuevas empresas editoriales: *El Nuevo Mundo* (1984), *El Gráfico* (1904), *El Mundo* (1907)²³ y sus colaboraciones en *El Imparcial* y *La Época*. Cada vez más moderado, menos inquietante para el poder. El que había decidido formar en 1893 en el *Nuevo Heraldo* un «Gobierno liberal de los notables, no comprometido»²⁴ es recordado así por sus compañeros de *El Resumen*: «Felicitamos al Partido

de Maura, no en exceso virulenta, hecha desde un periódico regeneracionista, prorepublicano y anticlerical.

(18) «Para rectificar», *La Campaña*, 21 de mayo 1898. Cit. en R. PÉREZ DE LA DEHESA, *op. cit.*, p. 81.

(19) Rubén DARIO, *Los raros*; Ernesto BARK, *La Santa Bohemia*; Prudencio IGLESIAS HERMIDA, *Gente extraña*; Juan RAMÓN JIMÉNEZ, *El Modernismo*. Burell no aparece entre los escritores renovadores de la estética finisecular, contenidos en estos libros.

(20) *Op. cit.*, pp. 183-185 y 332.

(21) Vid. *Historia del periodismo español*, 535-537.

(22) *Artículos de Julio Burell*, Madrid, Homenaje a la Asociación de la Prensa de Madrid, 1925, pp. 325-328.

(23) En este aspecto Burell es una de las figuras principales en la promoción y auge de la revista gráfica ilustrada. Vid. Pedro GÓMEZ APARICIO, *op. cit.*

(24) Pedro GÓMEZ APARICIO, *op. cit.*, p. 535.

Conservador por su conquista de la brillantísima pluma y de los talentos envidiables de Burell»²⁵, porque, al igual que Rafael Comenge, Joaquín Oliver o Andrés Miralles, el escritor empieza a oscilar hacia una acomodación política dentro del ala liberal que facilita puestos en el Gobierno. La noche de 1901 en que Azorín siente en Toledo su melancólica angustia metafísica, Burell prepara su primera comida como Gobernador Civil de la misma ciudad. Ha traído invitados a Martínez Ruiz y Baroja en un viaje que reflejarán posteriormente en *Diario de un enfermo* y *Camino de perfección*²⁶. El conocimiento de Azorín era anterior y muy probablemente por él trabase conocimiento con Baroja a quien pregunta sobre sus proyectos profesionales haciendo de introductor con el periodista Cuéllar²⁷.

Esta labor de mecenaz la practicaría durante el final y los primeros años del siglo. Dedicaba elogiosos términos a Sawa en los días de su decadencia²⁸ y repara con excepcional interés en Valle Inclán de modo que gran parte de sus primeras publicaciones se editan en periódicos dirigidos por Burell. En *El Gráfico*: «Fue Satanás» (13 julio 1904), «Fue Satanás. Conclusión» (14 julio 1904) y «Flor de santidad» (13 octubre 1904). En *Heraldo de Madrid*: «El Mendigo» (7 junio 1891), «Sonata de estío» (3 octubre 1903), «Año de hambre» (28 noviembre 1903), y en *El Mundo*: «Romance de lobos», desde el 21 de octubre al 26 de diciembre de 1907; «Los cruzados de la causa», del 21 de noviembre al 27 de diciembre de 1908; «El resplandor de la hoguera», del 17 de enero al 7 de mayo de 1909, y «Gerifaldes de antaño», del 17 de agosto al 27 de noviembre de 1909²⁹. Siendo subsecretario del Gobierno le facilita un puesto oficial, según relata malévolamente Baroja³⁰ y es también Burell quien lo nombra profesor de Estética de la Escuela de Bellas Artes, en 1916, «cátedra en la que lo ha sentado un ministro, una cátedra que debiera ser de pórfido y jaspe»³¹. Será éste el último favor que pueda hacer al creador de *Las Sonatas*, ya que el ministro muere en 1919. A su funeral, como antes al de Sawa, también asiste Valle Inclán, camino de distintas contemplaciones literarias. Cuandos los vuelva a recordar juntos, será en *Luces de Bohemia* y allí aparecen de nuevo Sawa y Burell. El bohemio con mala estrella y el

(25) *Ibidem*, p. 690.

(26) Pío BAROJA, *Final del siglo XIX y principio del siglo XX*, Madrid, Caro Reggio, 1982, p. 196. El autor cuenta aquí el viaje y su posterior reflejo en las citadas novelas. Sobre lo mismo, ver, entre otros: José Carlos MAINER, *La edad de plata*, Madrid, Cátedra, 1981, p. 40, y Lily LITVAK, «La nueva estética de Azorín», *La Crisis de fin de siglo*, Barcelona, Ariel, 1974, pp. 273-283.

(27) «Burell me preguntó: —Y usted, ¿qué piensa hacer, Baroja? ¿Yo? Ver si puedo entrar en un periódico...» (Pío BAROJA, *op. cit.*, p. 196). Sobre la tarea periodística iniciada desde entonces por Baroja, vid. Carlos BLANCO AGUINAGA, *Juventud del 98*, pp. 208-261.

(28) «¡Así se escribe, maestro!», parece que era la expresión favorita dirigida por Burell a Sawa. (Vid. José MARTINEZ RUIZ, *Charivari, Obras Completas*, vol. I, pp. 271-272.

(29) Una vez muerto Burell, publicará *El embrujado y Comedias Bárbaras*. (Vid. Eliane LAVAUD, *Valle Inclán du journal au Roman*, París, Klincksieck, 1979.)

(30) «Burell es subsecretario, nos ha empleado a los dos y naturalmente no vamos a la oficina», confesará un amigo común a Baroja, aludiendo a Valle Inclán. (Vid. Pío BAROJA, *El escritor, según él y según los críticos*, Madrid, Caro Reggio, 1982, p. 50.)

(31) Rafael CANSINOS-ASSENS, *La Nueva literatura*, I, Madrid, Calleja, 1917, p. 123.

ministro caricaturizado, grotesco —«Su Excelencia asoma en magas de camisa, la bragueta desabrochada, el chaleco suelto y los quevedos pendientes de un cordón como dos ojos absurdos bailándole sobre la panza»—, en que se hubiera convertido Burell de haber vivido más tiempo, alejándose progresivamente del círculo de Max y de «una época de vida, acaso la mejor»³². Es necesario ahora volver a sus artículos para precisar las dos líneas de pensamiento que justifican el amargo reencuentro de *Luces*: una actitud mental ligada a la crisis de fin de siglo y una firme voluntad de poder público.

En el primer aspecto, Burell literato es un digno hijo de su década. Toda la melancolía, el «spleen» finesecular están en sus artículos. Atemperados unas veces, expuestos otras de un modo casi panfletario según rezaban los principios periodísticos de Martínez Ruiz³³ y Sawa³⁴, aunque jamás oculte los residuos melodramáticos a lo folletín de Sué unidos al culto a la modernidad que facilita la naciente época. «Allá en lo alto»³⁵ es un buen ejemplo, porque el escritor une a la descripción modernista: «... devolvían con mil y mil centelleantes reflejos a las doradas lámparas su derrochadora caricia de luz», abundante en préstamos lingüísticos al uso exótico y orientalista («toilettes», «sportman», «chuberkis»)³⁶, dignos de una canción de Mignon, el contraste con una pobreza sufriente: «toda su menuda persona parecía deleznable y enfermiza», contemplada a través de una alegórica exclusión por las nievas del Guadarrama. El tema vuelve a repetirse en *Cuento de Mayo*³⁷. Una historia de titulación falsamente valleinclanesca para el encuentro frustrado y suicida entre el estudiante enamorado y la vecina casada por conveniencia, o en «Campiña y playa»³⁸, que presenta a un viajero fatigado: «¡Quién sabe de cuánta cosa extravagante puede recordar un espíritu acometido por un spleen imprevisto!», dialogando con su perenne acompañante, la muerte, transformada en una figura de viajera a tenor de los cánones simbólicos de la época³⁹.

(32) Siempre en la escena octava.

(33) «Dar la batalla a lo falso, sentando las bases de una literatura sana y robusta sin sombra de farsa ni trapacerías», *Buscapiés, Obras completas*, vol. I, p. 109.

(34) «Vengo de darme un gran atracón de bazofia cerebral, porque acabo de leer lo más granado de la Prensa madrileña», *Iluminaciones en la sombra*, p. 135.

(35) *Artículos de Julio Burell*, pp. 61-67.

(36) Sobre las técnicas modernistas y la adjetivación descriptiva, véanse, entre otros: Homero CASTILLO, *Estudios críticos sobre el modernismo*, Madrid, Gredos, 1968; Ned DAVISON, *El concepto de modernismo en la crítica hispánica*, Buenos Aires, Nova, 1971; Rafael FERRERES, *Los límites del Modernismo*, Madrid, Taurus, 1964, y *Verlaine y los modernistas*, Madrid, Gredos, 1974; Ricardo GULLON, *Direcciones del Modernismo*, Madrid, Gredos, 1973; Lily LITVAK, *El Modernismo*, Madrid, Taurus, 1975, y *Erotismo. Fin de siglo*, Barcelona, Anagrama, 1979; Iris ZAVALA, *Fin de siglo: Modernismo, 98, y Bohemia*, Madrid, Cuadernos para el diálogo, 1974.

(37) *Artículos...*, pp. 99-107.

(38) *Artículos*, pp. 83-91.

(39) *Vid.* nota 36, y como ejemplo, lo expuesto por Sawa: «Una figura de mujer viene a sentarse a mi lado en las butacas. Va vestida de negro, con tocas negras, con faldas negras, con guantes negros, con pelo negro, con ojos negros, con una sonrisa negra que hiela. ¿Será la Muerte?», *Iluminaciones en la sombra*, p. 41.

Consciente del desengaño de la vida, el periodista describe la sociedad como una melancólica imagen que hace furtivas todas las pasiones. Desde la gloria («Dime, melancolía, dime: si un globo arrojando lastre sube y sube, ¿no es natural que un alma casi deshabitada tienda también hacia la altura?»⁴⁰), a la ilusión («Lo único positivo es que a ciertas horas definitivas de la vida somos como peregrinos desengañados y sin fuerzas que en medio del camino échanse desmayados en espera de la piadosa muerte»⁴¹).

Con todo, en Burell hay mucho más. Su habilidad consiste en elevar los topos modernistas: el ámbito locativo de la cumbre⁴², las heroínas prerrafaelistas, la agustia vital⁴³, para conseguir una oposición conflictiva con la sociedad en que nace. Y la respuesta que aporta vuelve los ojos a la solución del amor utópico, del anarquismo cristiano que se produce con Renan. De aquí el triunfo de «Cristo en Fornos»⁴⁴. El autor no disimula los rasgos decadentistas, los exagera en una estilización naturalista, zolesca. A Fornos «en el confortable rincón de restaurante a la moda, se anegaba en champagne y se ahitaba de besos, de trufas y de ostras. Chocaban las copas, chocaban los cuerpos, el piano arrojaba un vértigo de salvajes ruidos», llega un personaje supuestamente resucitado tras una vida «de perdido». Hasta ahí el relato esotérico de raíz deturpada⁴⁵. Entonces, Burell convierte al recién llegado en un Cristo benévolo ante la degeneración que invita a la paz: «Yo perdono vuestros delirios: sois carne y sois pecado, pero también podéis ser arrepentimiento y amor». Su Cristo no es vengador, es un pacifista que afirma que de lo «único que tiene necesidad el hombre es de Belleza y de Amor»⁴⁶. Burell ponía así el dedo en la llaga en una de las cuestiones palpitantes de la época: la fusión de la estética simbolista con una iconografía que representaba a un Jesús humanitario y disconforme⁴⁷.

(40) «Campiña y playa», *Artículos...*, p. 86.

(41) «Mañana de Mayo», *Artículos...*, p. 136. Se muestra partidario de Schopenhauer. Sobre su influencia y la de Nietzsche, vid.: Paul ILIE, «Nietzsche in Spain 1890-1910», *P.M.L.A.*, LXXIX, 1964, pp. 80-96, y Gonzalo SOBEJANO, *Nietzsche en España*, Madrid, Gredos, 1971.

(42) Vid. lo mismo en Ramón PEREZ DE AYALA, *Tinieblas en las Cumbres*, o en Prudencio IGLESIAS HERMIDA, «La montaña negra», *Gente extraña*, p. 161.

(43) Hay una relación entre el personaje de *Diario de un enfermo* y Rafael en «Cuento de Mayo»: «Hijo yo de un siglo ateo, apenas si en mi alma, después del amor, que todo lo llena, hay un hueco para la religión de la gloria». (*Artículos...*, p. 102.)

(44) *Artículos...*, pp. 19-25.

(45) La recurrencia a los temas esotéricos es constante en los escritores modernistas. Por ejemplo, los casos que presenta Prudencio Iglesias en *Gente extraña* («El loco», «La mano cortada», «El fabricante de muertos...») y MARTINEZ RUIZ en *Bohemia* («La ley», «Una mujer»), *Obras completas*, vol. I, pp. 303-307 y 318-321; llegando incluso a VALLE INCLAN en *La lámpara maravillosa*. Sobre la importancia de este asunto en la época, vid.: Anna BALAKIAN, *El movimiento simbolista*, Madrid, Guadarrama, 1969; E. REYNAUD, «Le symbolisme ésotérique», *La melée symboliste (1890-1900)*, París, 1920; Patricia O'RIOR-DAN, «Helios, revista del Modernismo», *Abaco*, n.º 4 (1970), pp. 57-150, y Giovanni ALLEGARA, «Lo esotérico y lo mágico en la literatura simbolista», *Cuadernos para la investigación de la literatura hispánica*, 1 (1978), pp. 207 y ss.

(46) RENAN, *Vida de Jesús*.

(47) El tema del neomisticismo desembocó en una búsqueda de la reforma social patente

Otros escritores como Palomero, Azorín, Dicenta y Fuente dieron sus propias interpretaciones del tema⁴⁸ que no llegan a empañar la perspectiva del articulista cordobés, quien, siendo el primero en plasmarla periodísticamente, es, asimismo, el más prudente al abordar las relaciones sociedad-religión. Mientras Gómez Carrillo o Sawa abordan radicalmente el tema de la milagrería consentida en la sociedad, a partir sobre todo de la visita de Zola a Lourdes⁴⁹, Burell margina este aspecto para centrarse en una cuestión específica de la emotividad finisecular: «Dios no es de dogma, sino de sentimientos». Sensibilidad como vía mística que repite en «Los dos Cristos»⁵⁰ y en «Para los violentos»⁵¹: «Llevemos nuestro calvario con dulzura. Seamos como esos vasos de dilección que cambian en bálsamo la hiel que en ellos se vierte». A la postre, su visión del tema religioso se descontextualiza del entorno para entrar en los límites impresionistas. Lejos de Lombroso, Kropotkine, Marx y Bakounine⁵², mucho más próximo a *Resurrección*, de Tolstoy, sus artículos constituyen pinceladas construidas con aquellos «tipos» del santoral relacionados con una emblemática sentimental: Lázaro, María Magdalena, que, correspondiendo a los cuadros de Beragaud, Rossetti, Burne-Jones, conforman una cerrada sinestasia modernista.

La estética modernista se convierte, como vemos, en una de las claves de sus artículos a cuya defensa acude de forma casi continua. Sumándose a la polémica en torno a los gustos literarios, existente en el momento, participa del desinterés ante Pereda⁵³, no así por Flaubert, Ibsen⁵⁴, ni lógicamente por

en muchos escritores, a partir sobre todo del descubrimiento de Bakounine y Lombroso. *Vid.*, por ejemplo: J. MARTINEZ RUIZ, *La sociología criminal, Obras completas*, vol. I, pp. 491, 549; E. BARK: «La nueva religión está basada en el misticismo poético y embellecida por el arte» (*op. cit.*, p. 38); E. GOMEZ CARRILLO: «Anatole France como un Cristo de la religión del sufrimiento que de suburbio en suburbio iba predicando la igualdad moral», «... como aseguraba el último apóstol bueno de nuestro tiempo, el dulce Renan» (*op. cit.*, p. 75, 169). Sobre el tema en la época, *vid.* Clara LIDA, «Literatura anarquista y anarquismo literario», *N.R.F.H.*, XIX (1970), 360-381; E. GONZALEZ SERRANO, «El anarquismo intelectual», *Nuestro tiempo*, V, 52 (1905), pp. 521-536; Luis MARISTANY, *Delincuencia y fin de siglo*, Barcelona, Anagrama, 1973; E. J. OBSBAWM, *Rebeldes primitivos*, Barcelona, Ariel, 1968; J. GOMEZ CASAS, *Historia del anarco-sindicalismo español*, Madrid, Biblioteca Pueblo, 1968, y Dominique DESANTI, *Los socialistas utópicos*, Barcelona, Anagrama, 1973.

(48) A. PALOMERO, «Cristo en la tierra», *Don Quijote* (25 noviembre 1898); J. DICENTA, «Cristo en Montmartre», *Don Quijote* (3 abril 1896); R. FUENTE, «Cristo revolucionario», *Don Quijote* (16 abril 1897); J. MARTINEZ RUIZ, «Cristo nuevo», *Don Quijote* (15 noviembre 1901).

(49) E. GOMEZ CARRILLO: «Cristiano puro soy y veo con vergüenza que en nombre de mi fe se engaña a los pobres de espíritu para llenar las cajas de las congregaciones y subvencionar al Papa» (*op. cit.*, p. 87). Por su parte, A. Sawa alude a la conversión al catolicismo de Nicomedes Nikoff y su entrada en un convento (*op. cit.*, p. 34).

(50) *Artículos...*, pp. 91-99.

(51) *Artículos...*, pp. 129-135.

(52) «La nube negra»: «Ese Cristo obrero que carece de la rigidez científica de Marx y de la ira impulsiva de Bakounine» (pp. 117-129). Sobre Lombroso, *vid.* p. 123.

(53) «La valija rota», *Artículos...*, pp. 25-33.

(54) «Mendizábal», *Artículos...*, pp. 193-197. Sobre la influencia de Ibsen y la literatura rusa en España, *vid.*: H. GREGUERSEN, *Ibsen and Spain. A study on comparative drama*,

Zola, quien es ensalzado en gran número de sus páginas —«Los dos Cristos», «Mendizábal», «Piel de zapa»—, si bien respecto a esta preferencia pesó en su ánimo y en el de sus contemporáneos izquierdistas, los coletazos del affaire Dreiffus, según puede desprenderse de la lectura de «Zola en el banquillo» y «El caso Cavaignac»⁵⁵. Lo que ya resulta más sorprendente es la alabanza de Manuel Tamayo, quien, a pesar de «su clasicismo y tesis en los lances de honor», se suma a un arte «nunca transitorio ni circunstancial»⁵⁶. Hay que pensar que estamos leyendo una necrológica impuesta por las circunstancias, ya que no encaja demasiado la descripción de «aquel buen señor, un poco achaparrado y a la burguesa vestido» con las calurosas páginas dedicadas luego a uno de sus poetas favoritos, el italiano Stecchetti. Stecchetti era en realidad Olindo Guerrini, quien firmaba con el seudónimo de Mercutio. Fue Guerrini el que inventó la leyenda de un primo suyo, Lorenzo Stecchetti, muerto a los treinta años, viajero enfermo de tuberculosis a través de países cubiertos de sol⁵⁷. Tan patética historia debió seducir a Burell, apresurándose a escribir el prólogo a la colección de versos de 1977, publicada en 1898 con el título *Póstuma* y traducida por J. Jurado de la Parra como *Fusilamientos mundanos*. Los versos de Stecchetti están dirigidos a Petrarca, Beranger, Goethe, Sapho, con títulos muy significativos: «Tedio», «Ebrio», «Venecia», dentro del más puro decadentismo que se revela en «A una jovencita ciega»⁵⁸. Burell lo compara con Heine, Leopardi y Chenier, y curándose en salud —está cerca la polémica sobre Carvajal—, trata de demostrar que el poeta no es un autor pornográfico, solamente «un poeta de la dolorosa sinceridad en el amor, el artista jamás desilusionado de lo Bello».

De nuevo aquí una de las mayores preocupaciones: la estética de lo bello, terreno de crítica literaria que se vuelve resbaladizo como cuando en el caso de algunos amigos, Azorín, Bark, Sawa, intente llevarlo al campo de la política. Hablábamos antes de la repetición de los personajes de Cristo, Lázaro y Magdalena, y Jesús llegará a identificarse con figuras de la vida pública dentro del programa de salvación social propuesto por Burell. Exactamente con Enrique Gómez Sigura. «Casi tendido sobre el rojo diván, un hombre ¿soñaba o dormía? Era una cabeza hermosa, y aquel era un rostro varonil y atractivo; melena encrespada, barba negra nazarena; nariz puramente griega. Su Dios es lo Bello»⁵⁹. Hacía muy poco tiempo que

Mass, 1937, y G. SCHANZER, *Russian literature in the Hispanic world*, Buffalo, University of Toronto, 1972.

(55) Páginas 173-187 y 187-193. Sobre la influencia de Zola en España, vid.: W. PATTISON, *El naturalismo en España*, Madrid, Gredos, 1969, y R. PEREZ DE LA DEHESA, «Zola y la literatura española finisecular», *H.R.* XXXIX, 1 (1971), pp. 49-70.

(56) Páginas 209-213.

(57) La leyenda aparece en el prólogo escrito por Guerrini el 8 de febrero y dedicado al Marqués de Portazgo.

(58) Tenemos un ejemplo en «Mendiga» (n.º LXI): «El hospital de mi carne ha marchitado/y hoy vendo a Cristo y a los sentimientos ésos/por ganarme una copa de aguardiente». Versos que recuerdan algunos poemas de Bloy, Moreas y Richepin.

(59) «La valija rota», *Artículos...*, pp. 25-33.

Gómez Sigura había dicho en *La valija rota*, prologada por Emilio Castelar: «La anarquía es la proscripción de todo género de instituciones políticas. No hay República ni Monarquía posibles con gobiernos débiles»⁶⁰. Esta rebelión entraba dentro de los cauces de un sistema liberal al que, recordemos la fecha —1885—, se estaba aproximando Burell en su campaña política. Primer alegato que puede dar idea de su evolución ideológica a partir de las posiciones más extremas. El periodista es consciente en todo momento de las crisis por la que atraviesa el país. Comenzando con el problema de una juventud sin horizontes de trabajo —él es enormemente barojiano en «Los que llegan»⁶¹: «Cada muchacho de éstos que dejan en los andenes el Norte y el Mediodía, son otros tantos ideales rotos, otras tantas existencias condenadas a la catástrofe o al fastidio eterno de una incompleta y desaprovechada vida», para llegar a una contemplación de España dominada por las troteras y danzaderas de Pérez de Ayala, «la juega y los toros», y el mito de Lagartijo y Frascuelo⁶². «Oro y escoria», «Piel de zapa», «Caballo muerto», «Alas negras», son otros tantos símbolos que, como «La caída de la casa», en Cadalso, siglos atrás, o adjetivos similares en Ganivet y Maeztu⁶³, reflejan la crisis del 98 y un afán reformista.

Será en este aspecto donde se adivinan las aparentes contradicciones de Burell, su búsqueda apasionada del poder dentro de un partido. Comienza por reconocer el fracaso de los progresistas, terreno en el que aúna a Pi y Margall y Ruiz Zorrilla, agresores de la monarquía («La República representativa»⁶⁴). Después, cuando Sagasta suba al poder, Burell, anterior partidario suyo, lo atacará junto a Montero Ríos y Gamazo en «Mi toga», «Sagasta, latente», «Piel de Zapa» y «Deliberando»: «No sé hasta dónde podrá llevar el Sr. Sagasta esta gran tragicomedia de su confesionario»⁶⁵. Lo vitupera además desde su observatorio periodístico recordando el caso de la compra de *La iberia* que sumió en la ruina a su más hábil redactor,

(60) Enrique GÓMEZ SIGURA, *La valija rota*, Madrid, H. Hernández, 1894. Fue escrita en 1885 y constituye una colección de cartas sobre política, historia y literatura, donde se pasa revista a la inercia política española y a sus costumbres. Consta de dos tomos prologados por Burell. En el tomo I: Correspondencia parlamentaria, amorosa y cartas rurales. En el tomo II: Correspondencia sociológica, histórica y cartas sueltas.

(61) *Artículos...*, p. 79-83.

(62) «Oro y escoria», *Artículos...*, pp. 297-301. Sobre aquel ambiente, *vid.* José GUTIERREZ SOLANA, *Obra literaria*, Madrid, Taurus, 1961.

(63) El sentimiento es común a todos los hombres del 98. Sobre el tema, *vid.* José

(63) El sentimiento es común a todos los hombres del 98. Sobre el tema, *vid.*, entre otros muchos: A.A.V.V., *La crisis de fin de siglo*, Barcelona, Ariel, 1974; Carlos BLANCO AGUINAGA, *Juventud del 98*; Inman FOX, *La crisis intelectual del 98*, Madrid, Cuadernos para el diálogo, 1976; Ricardo GULLON, *La invención del 98*, Madrid, Gredos, 1969; José CARLOS MAINER, *Literatura y pequeña burguesía en España*, Madrid, Ariel, 1972; José Luis ABELLAN, *Sociología del 98*, Barcelona, Península, 1973; Rafael PEREZ DE LA DEHESA, *El pensamiento de Costa y su influencia en el 98*, Madrid, Sociedad de Estudios y publicaciones, 1966.

(64) *Artículos...*, pp. 147-151.

(65) Páginas 157-161, 255-263, 301-307 y 325-335.

Carlos Rubio, y la persecución de Augusto Suárez de Figueroa por su amistad con Canalejas. La alternativa que elige Burell en los días de la guerra de Cuba resulta, en consecuencia, clara. Opuesto a la política del gobierno, menciona a Castelar («en el trance en que se encuentra España sola ha de salir con bien o con mal»⁶⁶), a Olózaga, verdadero progresista («muriera republicano o ayudara a los Borbones»⁶⁷), a Moret⁶⁸, y no hace declaraciones expresas. Respetando a Weyler, para el periodista la cuestión sigue siendo el enfrentamiento entre el déspota («¿quién se ha imaginado jamás la dictadura cobijada por un gorro de dormir?»⁶⁹) y un pueblo que ve en peligro su honor y confía aún en la hipotética regeneración: «Ellos habrán muerto como españoles y como cubanos por haber escuchado la voz del odio y no la del amor, que es únicamente la que a Lázaro resucita»⁷⁰.

Sus posteriores actividades políticas justifican esta tesis, ya que progresivamente disminuyó su radicalidad para escoger una zona intermedia y diplomática, perfectamente compatible en sus extremos, puesto que al mismo tiempo era favorable a la no neutralidad de España en la guerra europea como a las alianzas con el resto de los partidos⁷¹. Igualmente, mantuvo una polémica con la Iglesia por la supresión de las materias religiosas, lo que no le impidió defender el estilo de vida católico del ortodoxo Carvajal⁷². Por aquellos años, Gómez Carrillo y Manuel Bueno aseguraban: «La política, como el opio, no sueltan a sus víctimas sino muertas», «Este irremediable divorcio que hay entre el periodismo y la literatura a causa de la preferencia que damos a la política sobre todas las cosas creadas y por crear»⁷³, y estos juicios resultan apropiados a la trayectoria política de Burell. Al abordar las cuestiones gubernativas, él perderá la violencia sustancial a su pasado para quedarse con un ropaje modernista circunscrito sólo al estilo expresivo. Los títulos simbólicos («Línea de luz», «La nube negra»), los juegos de antinomias significativas («Oro y escoria»), el diálogo entre personajes de ideología opuesta («Sagasta, periodista»), o de opuesta simbología («Campiña y playa»), el relato impresionista y alegórico («Cuento de mayo», «Allá en lo alto») que

(66) «Habla Castelar», *Artículos...*, pp. 178-180.

(67) «Olózaga», *Artículos...*, pp. 197-203.

(68) «Las alas negras», *Artículos...*, pp. 245-249.

(69) «Las alas negras», p. 245.

(70) «Vengados», *Artículos...*, pp. 285-291.

(71) «¿Creéis que cuando por estos artículos, como bajo una campana neumática se halle constituido aquí un régimen de silencio, podrá consentir el país que se determine en ese silencio mismo una política internacional? España no puede ser paje de armas de ninguna nación beligerante», y posteriormente: «¿pues que Canalejas, Moret, Romanones, todos no hemos ido en las campañas juntos con los republicanos? ¿Vamos a avergonzarnos? ¿No es esa la historia del Partido Liberal?... (Discusión acerca del proyecto de ley de dotación al Poder Público para garantizar la neutralidad de España, pp. 10 y 22.)

(72) «Hogar honrado», *Artículos...*, pp. 203-217. Ver, sobre todo, el poema titulado «Como quiero morir», p. 207.

(73) GÓMEZ CARRILLO, *op. cit.*, p. 178, y BUENO, cit. en RUIZ CONTRERAS, *Memorias de un desmemoriado*, p. 189.

readapta el pasado con aire azorinesco o epistolar («La caída de Bayona»)⁷⁴, son otros tantos recursos periodísticos que explican la escisión entre la forma comunicativa y su ideología, el pasado progresista y su acomodación en un sistema. Creemos que Manuel Bueno captó perfectamente a Julio Burell retratándole en la persona de Fernando Souza en *Los nietos de Dantón*, y transcribiéndolo como el demócrata afable y escéptico «que pasa por ser el puntal más recto del conservadurismo y el brazo derecho del Presidente del Consejo de Ministros»⁷⁵. Mucho más amargo es Valle Inclán en *Lucas de Bohemia*: «No me estaba permitido irme del mundo sin haber tocado alguna vez el fondo de los Reptiles». El recuerdo de Julio Burell, otra vez, que al final ministro, no podrá contemplar a su homónimo: «Su Excelencia se hunde en una poltrona, ante la chimenea que aventá sobre la alfombra una claridad trémula. Enciende un cigarro con sortija, y pide *La Gaceta*. Cabálgase los lentes, le pasa la vista, se hace un gorro y se duerme».

(74) Páginas 33-49.

(75) *Los nietos de Dantón*, Barcelona, Araluce, 1936, *vid.* capítulo 11, p. 251, donde se describe el encuentro entre el Ministro y el periodista radical de la *Democracia revolucionaria*. El texto está lleno de puntos de contacto con la realidad humana y política de Burell. «En el Foro se le tenía por una autoridad», «Sin alardear de patriota había sentido profundamente la amputación colonial», «Prefería domesticar al enejo que combatirlo». Resulta, pues, difícil que el personaje de *Lucas* sea Augusto González Besada, quien militó en un principio con el Partido Conservador. (*Vid.* la tesis de Ildefonso Manuel Gil en Allen PHILLIPS, *Alejandro Sawa, mito y realidad*, Madrid, Turner, 1976, p. 262, quien lo relaciona con esta figura.)